

Libro prueba

Scriptum Writer Studio

Copyright © 2026 Scriptum Writer Studio

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor.

Primera Edición

A quienes crean historias ...

Acerca del autor



Software de escritura para novelistas , maqueta tus libros profesionalmente.



La tienda que no salía en los mapas



La tienda del relojero no aparecía en ningún mapa de la ciudad, y sin embargo todo el mundo sabía llegar. Se bajaba por la calle de los Toneleros hasta que el empedrado cambiaba de color, se giraba a la izquierda donde el aire empezaba a oler a aceite y a metal frío, y allí estaba: una puerta estrecha, un escaparate con doce relojes y ni un solo cartel con el nombre.

Marta llevaba tres semanas pasando por delante sin atreverse a entrar.

El reloj de su abuelo pesaba en el bolsillo de su abrigo como pesa un animal dormido. Se había parado un martes por la tarde, a las cuatro y once minutos, y desde entonces ella se descubría mirando la hora en cualquier parte —en la pantalla del móvil, en el horno de la cocina, en el panel del autobús— solo para comprobar que el resto del mundo seguía andando.

Aquel jueves empujó la puerta.

Sonó una campanilla, pero no la campanilla que uno espera. Fue un sonido grave, casi un carraspeo, como si la tienda entera se aclarase la garganta antes de hablar.

—Está parado —dijo Marta.

No había saludado. Ni siquiera había visto todavía al hombre que había detrás del mostrador, inclinado sobre una lupa, con las manos quietas de quien lleva cuarenta años obligándolas a estarse quietas.

—Casi todos lo están —respondió él, sin levantar la cabeza—. Es lo normal. Lo raro es lo otro.

El relojero se llamaba Vent y tenía las cejas más pobladas que Marta había visto nunca. Cogió el reloj, lo sostuvo contra la luz, y por un momento pareció que lo escuchaba más que lo miraba.

—¿Cuándo se paró?

—El martes. A las cuatro y once.

—No —dijo Vent—. Le he preguntado cuándo se paró, no cuándo lo notó usted.

Marta abrió la boca y volvió a cerrarla. Fuera, un tranvía pasó arrastrando su ruido de hierro, y en los doce relojes del escaparate no se movió absolutamente nada.



Lo que se oye cuando no hay tictac



—Los relojes no se estropean —dijo Vent al día siguiente.

Había extendido las piezas sobre un paño verde, ordenadas por tamaño, y cada una parecía importante de una manera que Marta no sabía explicar. Un muelle. Una rueda dentada del tamaño de una lenteja. Un tornillo tan pequeño que solo existía cuando le daba la luz.

—Y cuando se cansan, ¿qué se hace?

—Se les da la razón un rato. Y luego se les lleva la contraria.

Marta se rió por primera vez en tres semanas, y el sonido la sorprendió a ella misma.

Vent no levantó la vista, pero algo en sus cejas se relajó.

—Su abuelo le daba cuerda todos los domingos —dijo—. Se nota. Los relojes a los que se quiere se gastan de otra manera: por dentro están limpios y por fuera tienen marcas. Los que nadie toca están impecables por fuera y podridos por dentro. Como casi todo, si lo piensa.

Trabajaron en silencio hasta que la tarde se puso naranja. Marta descubrió que el silencio de una relojería no es silencio: es un montón de tictacs que no se ponen de acuerdo, y que juntos hacen un sonido parecido a la lluvia sobre una lona.

Y descubrió otra cosa, más incómoda: que llevaba tres semanas sin llorar y que aquel ruido desordenado le estaba desmontando, pieza a pieza, la parte de dentro.

—Ya está —dijo Vent.

Le devolvió el reloj. Marta lo cogió con las dos manos y sintió, contra la palma, un latido minúsculo y terco.

—¿Qué le pasaba?

—Nada grave. Se le había metido el martes por la tarde —dijo el relojero—. A veces pasa. Un día se cuela dentro de la maquinaria y se queda ahí, y el reloj no puede con él y se planta.

Marta lo miró.

—Eso no es una explicación técnica.

—No —admitió Vent—. Pero es la verdadera.



New Chapter



David conocía cada rincón de la biblioteca del barrio. Conocía el crujido del tercer escalón de la entrada, que sonaba igual que un bostezo. Conocía el olor a papel viejo que te recibía nada más abrir la puerta, ese olor espeso y tranquilo que a él le parecía el mejor del mundo. Conocía a la señora Carmen, la bibliotecaria, que siempre llevaba un lápiz metido en el moño y nunca, jamás, lo usaba para escribir. Y conocía, sobre todo, el estante del fondo: el más alto, el más polvoriento, el que nadie visitaba nunca.

Ese estante era su favorito.

—Bip, no toques eso.

Bip no le hizo ningún caso.

El monito saltó del hombro de David al primer estante, luego al segundo, y desde allí trepó hasta la balda más alta con la agilidad de quien lleva toda la vida haciendo exactamente lo que no debe. Tenía los ojos brillantes y la cola enroscada, y en la mano sujetaba ya el marcapáginas de David, que le había robado del bolsillo sin que nadie lo viera.

—Bip.

Bip agitó el marcapáginas en el aire como si fuera una bandera.

David suspiró. Llevaba a Bip a la biblioteca todos los sábados porque Juanma, su hijo, insistía en que el monito se aburría en casa, y David no tenía muy buen argumento en contra. Lo que sí tenía era la teoría de que Bip no se aburría en ningún sitio: Bip se dedicaba a convertir cualquier sitio en

un lugar ligeramente más caótico que antes de su llegada, y eso parecía mantenerlo perfectamente entretenido.

—El marcapáginas, por favor —dijo David, con la paciencia de alguien que ha tenido esta misma conversación unas cuarenta veces.

Bip consideró la oferta. Luego metió el marcapáginas en el hueco entre dos libros y desapareció por el lateral del estante.

David se frotó la frente.

La señora Carmen pasó por el pasillo con una pila de libros entre los brazos y no dijo nada. Ya no decía nada cuando venía Bip. La primera vez había sido un escándalo. La segunda, una queja formal. A partir de la décima visita, la señora Carmen había adoptado una política de silencio resignado que David respetaba profundamente.

Se agachó para buscar el marcapáginas entre los libros del estante más bajo. Estaba allí, asomando entre el lomo de dos enciclopedias que nadie había movido en años. Los sacó con cuidado, recuperó el marcapáginas y se quedó un momento de rodillas, mirando el hueco que había dejado.

Al fondo, casi invisible en la oscuridad del estante, había un libro.

No era especialmente grande ni especialmente pequeño. Tenía la cubierta de cuero marrón oscuro, sin título en el lomo, y estaba cubierto de polvo. No del polvo normal de una semana sin limpiar, sino del polvo denso y serio que solo se acumula cuando algo lleva mucho, mucho tiempo sin que nadie lo toque.

David lo miró.

Luego miró a Bip, que había reaparecido en lo alto del estante y observaba el libro con la cabeza ladeada, como si también él lo hubiera visto por primera vez.

—¿Lo has puesto tú ahí? —le preguntó David.

Bip parpadeó.

—No, claro que no —se respondió David a sí mismo—. Llevas aquí veinte minutos.

Alargó la mano y sacó el libro del estante.

Pesaba más de lo que esperaba. La cubierta de cuero estaba fría al tacto, áspera en los bordes, y cuando David la rozó con el pulgar dejó una marca limpia en el polvo, como si la superficie llevara esperando ese gesto desde hacía mucho tiempo. No había título. No había autor. Solo el cuero oscuro y, en la esquina inferior derecha, grabado tan tenuemente que casi no se veía, un pequeño dibujo: algo con alas y cuello largo que podría haber sido un pájaro, o podría haber sido otra cosa.

David se levantó y llevó el libro a la mesa más cercana.

La biblioteca estaba tranquila a esa hora. Un par de niños hacían deberes en la mesa del fondo. La señora Carmen ordenaba fichas detrás del mostrador. Por la ventana entraba la luz de la mañana, amarilla y lenta, y el polvo flotaba en ella como si no tuviera prisa por posarse en ningún sitio.

David abrió el libro.

Las páginas eran gruesas y amarillentas, del color de la cera vieja. La primera estaba en blanco. La segunda también. En la tercera había texto escrito a mano, con una letra pequeña y apretada que David tuvo que acercar para leer. El idioma era antiguo, pero reconocible: castellano de hace siglos, con eses que parecían efes y palabras que ya nadie usaba. Pasó las páginas despacio. Había ilustraciones: ciudades, montañas, figuras humanas con ropas que él no supo identificar.

Y entonces llegó al mapa.

Era una página doble, dibujada a mano con una precisión que le cortó la respiración. Mostraba un desierto enorme, con dunas marcadas una por una, y en el centro, rodeado de símbolos que David no reconoció, había un conjunto de ruinas. Columnas. Escaleras. Pasadizos. Y en el corazón de todo aquello, marcado con una X de tinta negra, había un dibujo.

Un dragón.

David se quedó inmóvil.

Bip saltó a la mesa sin hacer ruido y se sentó a su lado, mirando el mapa con los ojos muy abiertos. Por una vez, no tocó nada.

En la parte inferior del mapa, escrita con tinta roja que seguía siendo roja después de todo ese tiempo, había una sola frase:

«Solo quien viaja con el corazón limpio encontrará lo que busca.»

David leyó la frase dos veces. Luego miró a Bip.

—Juanma tiene que ver esto —dijo.

Bip ya había cogido el marcapáginas otra vez, pero en esa ocasión lo colocó, con mucho cuidado, entre las páginas del mapa.